

LOS HIJOS DE RACHEL

Eleanor Shearer

Traducción: María Inés Linares



El suelo de la isla era fértil, pero todo echaba raíces poco profundas. Cuando llegaron los huracanes, arrancaron hasta los árboles más robustos; y cuando llegaron los hombres blancos, arrancaron a los niños de los brazos de sus madres. Y así aprendimos a vivir sin esperanza. Para nosotros, la pérdida era la única certeza.

Muchos ya habíamos perdido un hogar. Un hogar de profundas raíces y de ancestros enterrados en la historia. Esas raíces no nos salvaron. Esas raíces se pudrieron en el casco de los barcos negreros, en la oscuridad y la mugre. Nos quedaba poco lugar para sembrar en el nuevo mundo, y cualquier cosa que tuviéramos era para que se lo llevaran los hombres blancos. Así que tratábamos de vivir solo en la superficie de la isla. Sembrábamos caña, pero nada era nuestro. Las madres volvían la cabeza cuando nacía un bebé; se negaban a mirarlo a los ojos.

Tratábamos de deslizarnos por esa vida a medio vivir, esa vida sin historia ni futuro, pero nuestro presente interminable tenía maneras de estirarse, de recostarse en el tiempo, hasta que nuestra vida volviera a tener movimiento y color. Por la noche, les susurrábamos a los niños cuentos de los dioses antiguos de nuestra tierra natal, en una lengua que los hombres blancos no entendían.

De todas maneras llegaron los huracanes. Y de todas maneras se llevaron a los niños y los vendieron al otro lado

del mar. Pero los vendieron con una semillita dentro que les cantaba acerca de otra vida.

Todo echaba raíces poco profundas. Pero lo que no podía arraigar profundo se extendió, golpeó los océanos, excavó túneles hasta las islas cercanas, donde otros también trataban de vivir sin recordar el ayer ni pensar en el mañana y fracasaban.

Sin raíces, las cosas se mueren. Muchos de nosotros morimos, a manos de los hombres blancos o al calor del sol del mediodía. La tierra se fertilizó con nuestra sangre y las raíces se alimentaron de nuestros cuerpos. El suelo fortaleció las raíces. Poco profundas, pero fuertes.

Había esperanza para este nuevo mundo, después de todo.

Barbados

Agosto de 1834

1

ERA LA PARTE MÁS OSCURA DE LA NOCHE Y RACHEL CORRÍA. Las ramas le desgarraban la piel. Los pájaros, graznando, emprendieron el vuelo por el golpeteo de sus zancadas. La tierra estaba enlodada y desperejada, resbaladiza por los residuos de las últimas lluvias, y ella resbaló y se golpeó fuerte contra la corteza áspera de una palmera. Se deslizó hasta el suelo, donde las hormigas marchaban y los escarabajos correteaban y los gusanos invisibles excavaban en la tierra. Con el aliento entrecortado, llenó sus pulmones del aire denso y húmedo. Sintió el sabor de la humedad en la lengua, matizado con la acidez picante de su propio miedo.

¿Qué había hecho?

Miró atrás. En la oscuridad, se recortaba el contorno del molino de la plantación de Providence, con las aspas extendidas como cuatro dagas afiladas que marcaban una cruz furiosa en el cielo. El terror se apoderó de su garganta, como si el molino tuviera ojos y pudiera susurrarle al captar lo que había visto.

No era demasiado tarde. Todavía podía volver a trepar por encima del muro y arrastrarse por los campos a medio sembrar de caña, donde había agujeros que esperaban boquiabiertos los tallos verdes y jóvenes. Podía regresar a su choza, un cuadrado de madera entre muchos, y recostarse

en la estera de dormir que estaba desgastada por cuarenta años de uso. Podía esperar el amanecer y otro día de trabajo...

Desbandada, siguió corriendo. Las piernas la hundieron más profundamente en las sombras a medio formar del bosque.

Le dolía el pecho. Quería derrumbarse, pero no podía; su cuerpo, sin que se lo pidiera, la llevaba más y más lejos de Providence. Cada chasquido de una ramita sonaba como un disparo; el murmullo de los sapos de caña se convertía en los gritos lejanos de los hombres que la perseguían. Tenía que seguir corriendo.

Sola, manchada de fango, con el cansancio que se le hundía en sus huesos, una pregunta la perseguía: “¿Así era la libertad?”

El bosque vacío. Ella que huía, muerta de miedo. ¿Era esto lo que habían esperado todo el tiempo?

El día anterior, todos los esclavos de Providence se habían reunido fuera de la casa principal. Los esperaba un grupo de blancos con cara de piedra: el amo, a caballo, flanqueado por el capataz, con la esposa del amo y los tres niños de pie en los escalones de la casa. Los blancos miraron a los esclavos. Los esclavos les devolvieron la mirada.

Todos sabían lo que pasaría después. Algunos esclavos incluso sonrieron. Rachel estaba entre los que no. Tenía edad suficiente para recordar otros tiempos en los que habían corrido rumores sobre el fin de la esclavitud. Ella no iba a creerlo hasta que lo escuchara por sí misma de la propia boca del amo.

La frente calva del amo brillaba de sudor por el calor. Cuando hizo avanzar su caballo, Rachel alcanzó a ver la cara de la esposa, con los labios apretados en una línea de furioso desprecio. Fue esa visión, más que nada, la

que debilitó la determinación de Rachel. Se atrevió a la esperanza.

El amo se limitó a hacer comentarios breves. Les dijo que el rey había decretado el fin de la esclavitud. A partir del día siguiente, entraría en vigencia la nueva ley de emancipación.

Eran libres.

Algunos lloraron. Otros gritaron y bailaron de alegría. Eran una masa de cuerpos sudorosos que gritaban, un río que se desbordaba. El amo y el capataz gritaron inútilmente órdenes, incapaces de hacerse oír por sobre el ruido. Finalmente, el amo avanzó al galope en su caballo a través de la multitud, solo para que todos se callaran. Los cascos le patearon la cabeza a una mujer, que murió instantáneamente. Pero murió libre.

Había algo más, dijo el amo. Ya no eran esclavos, sino que, en cambio, eran sus aprendices. Por ley, trabajarían para él durante seis años. No podían irse. Cuando saliera el sol, Rachel y todos los demás volverían a salir para terminar de plantar. Se ocuparían de la caña hasta la siguiente cosecha, y la siguiente. Seis años de cortar y plantar y volver a cortar.

La libertad era solo otro nombre para la vida que habían vivido siempre.

Un feo gruñido recorrió la multitud. El capataz, con el arma colgada del hombro, la levantó para apuntar. Cien pares de ojos observaron el arco que trazó su mano. El caballo del amo sopló aire por el hocico, con las riendas tensas.

El gruñido se apagó y la multitud se quedó quieta.

Rachel escuchó la noticia de la falsa libertad en silencio. Durante años, había vivido en un crepúsculo perpetuo. Sus seres queridos se habían ido hacía mucho tiempo. Su vida se había reducido al tamaño de la plantación, a la rutina del trabajo duro interminable y a las largas sombras

del pasado. Así que tenía sentido. La libertad era un vacío que solo se podía llenar con caña de azúcar.

Esa noche, todo fue igual. La presión del suelo en su espalda. La forma de sus miembros, delgados y con tendones nudosos. El olor a humedad de su choza. Le esperaban días de trabajo, una vida marcada por los mismos surcos, siempre iguales, que mostraba el campo.

Mientras dormía, soñó con su madre. O tal vez con la idea de una madre, un esbozo de calidez y bondad. No se acordaba de su madre.

La madre estaba ahí, frente a ella, pero Rachel sabía que, al mismo tiempo, no estaba ahí. Estaba en algún lugar lejano al otro lado del mar. Era frágil, una voluta de humo. No iba a quedarse mucho tiempo.

La madre pronunció un nombre y Rachel supo que era el suyo, el nombre que se suponía que tenía antes de que algún hombre blanco la llamara Rachel. Lo que el hombre blanco da, siempre lo puede quitar. Pero ese otro nombre... ese era el suyo. Rachel lo repitió. Las sílabas se sentían raras en su boca, pero, cuando el repiqueteo del habla vibró dentro de ella, le dio fuerza. Fue capaz de estar de pie sin encorvarse. Sentía el peso agradable de su cuerpo, sólido y poderoso.

La madre dio un paso atrás y comenzó a disolverse, una gota a la vez, empapando la tierra que había debajo de ella. Cuando se fue, el suelo brillaba con un rojo intenso y profundo.

Rachel se había despertado en la oscuridad total, salvaje, temblorosa y brillante de sudor, y su cuerpo no podía quedarse quieto. Se movió sin que ella se lo pidiera, se movió únicamente por instinto animal, arrastrándose fuera de la choza, desdoblándose y lanzándose fuera de Providence para adentrarse en la noche.

En el bosque, Rachel volvió a preguntarse: ¿La libertad

era esto? ¿Una ruptura violenta, un cuerpo impulsado a huir, una mente que se paralizaba de horror al mirar cosas que se desplegaban fuera de su control?

Los árboles no tenían ninguna respuesta. Las hojas susurraban en el viento, y Rachel imaginó que se burlaban de ella.

“Y ahora, ¿qué?”

Su cuerpo se movió más allá de lo racional, con una desesperada voluntad propia.

Siguió corriendo.

No tenía cómo marcar el paso del tiempo en esa noche sin luna, pero por el ardor de sus piernas, Rachel sabía que había corrido durante una hora o más cuando lo escuchó. Tan débil que al principio pensó que se lo estaba imaginando. Un canto.

Vio un punto de luz que titilaba entre los troncos de los árboles. Avanzó despacio, con la mente llena de pensamientos de fantasmas y espíritus nocturnos. Pero a medida que crecía el canto, acompañado de tambores, y llenaba el bosque de sonidos, sus temores se disiparon. Eran ruidos alegres y humanos y la atraían.

Un claro. Un círculo estrecho de tierra desnuda entre los árboles. En el centro, docenas de personas bailaban alrededor de un fuego crepitante, y había aún más alrededor. Mientras los bailarines daban vueltas, Rachel escuchó fragmentos de diferentes palabras y melodías que se combinaban en una. Oyó algo de inglés, pero también otros idiomas, idiomas más antiguos que no le hablaban al oído, sino a los huesos.

Rachel se quedó en la sombra, mirando. Había ido a bailar antes, cuando era más joven, pero no eran como este. Aquellos bailes siempre habían estado integrados a la vida de la plantación. Se hacían en las barracas de los esclavos o

en la plaza del mercado de un pueblo cercano. En cualquier momento podía aparecer un transeúnte blanco, o el rostro del amo en una ventana de la casa principal, para recordarles a todos los presentes que su alegría no era ilimitada; no podía desbordar los límites de la esclavitud. El claro brillaba con una magia diferente. Sin miradas indiscretas que rompieran el hechizo, los bailarines se movían con una gracia sin trabas.

La insistente atracción de los tambores llevó a Rachel más cerca, más cerca, hacia la luz. Se dio cuenta de que su cuerpo era uno entre muchos que se movían al compás del ritmo. Empezó a dar golpecitos con el pie y a tararear su propia canción.

Una mujer extendió el brazo, con los ojos muy abiertos y blancos, en cuyo centro brillaban círculos de luz de fuego. Aferró a Rachel de la muñeca.

Cantó la orden, con voz grave y dulce.

—Baila.

A Rachel la arrastró la muchedumbre. En un instante, perdió la noción de sí misma. No tenía fin ni principio, ni bordes ni límites. Todo su cuerpo se disolvió en el ritmo. El baile hacía ondular a la multitud como si estuviera ondulando el agua, y Rachel se entregó a la música.

Todos los dolores en su cuerpo se aliviaron. Sacó de los pulmones una canción que ni siquiera sabía que tenía dentro. Alguien la llevaba de la mano; ella estiró la otra para tomar la mano de alguien, que tomó la mano de alguien más. Mientras las llamas se elevaban hacia el firmamento, a Rachel le pareció ver la cadena de manos que ascendía a los cielos, una fila de personas que atravesaban el tiempo y el espacio, unidas por un único redoble de tambor.

Cuando las últimas brasas del fuego se apagaron, todos dejaron de bailar. Empezaba a amanecer, la luz gris se filtraba

entre los árboles y el sol que asomaba puso fin a la magia o lo que fuera que los había unido. La gente empezó a irse, la mayoría rumbo al oeste, con el sol sobre sus espaldas, de vuelta a las plantaciones. Al borde del claro, entre dos grandes robles, Rachel se preguntó por un momento si debía seguirlos. Tal vez todavía nadie había notado su ausencia en Providence. Pero dudó demasiado. Pronto, todos se fueron y ella se quedó sola. Se escabulló hacia el este, de vuelta al bosque.

Tanto correr y bailar le pesaban. Le dolía todo. Se vio obligada a ir despacio. El terror de la huida inicial se había desvanecido hasta convertirse en una especie de aturdimiento, y Rachel miró al cielo a través de las copas de los árboles. En cierto modo, la oscuridad había sido más fácil: tenía un núcleo de misterio, la sensación de que la noche albergaba muchos mundos posibles, con las fronteras diluidas, de manera que cualquiera podía pasar de uno a otro. La luz del sol le recordaba la marcha sin fin de un día hacia el siguiente, el imparable paso del tiempo al que Rachel había estado esclavizada toda su vida.

La pregunta seguía atormentándola.

“Y ahora, ¿qué?”

La pregunta estaba cargada de cansancio, de desesperanza. Su huida de Providence había sido pura supervivencia. Ahora vagaba sin rumbo por la maleza; no había camino y se tropezaba con las raíces expuestas. La cabeza le palpitaba de sed y las piernas y los brazos le pesaban, pero su cuerpo seguía llevándola hacia delante, lejos de Providence. Aparte del golpe ligero de sus pies sobre la tierra desnuda, los únicos sonidos eran el parloteo de los estorninos que revoloteaban sobre ella.

Subió la suave pendiente de una colina. Cuando llegó a la cima, de pronto se encontró con el mar. Al ver su extensión allá abajo, Rachel se detuvo. Había llegado al límite de la isla.

El sol naciente sumergía sus rayos más bajos en el agua, en el horizonte. Contra el cielo gris, el mar era de un azul sorprendente, salpicado de luz blanca y dorada. El estallido de color desanudó el miedo que rodeaba la garganta de Rachel desde la noche anterior. Como si se hubiera sumergido en las olas, se sintió en paz.

Durante toda su vida, nada le había pertenecido, ni siquiera los niños que había expulsado de su cuerpo. Con su mundo encajonado entre los muros de Providence, cuyo perímetro vigilaba el látigo del capataz, parecía que no había nada que no perteneciera a los hombres blancos. Pero, ahora, aquí estaba el mar. Inmenso, desafiante y sin dueño, pues ¿quién podía apropiárselo? Ni siquiera los hombres blancos. Por mucho que se aferraran a él, sus aguas se les escaparían de las manos y volverían a sumergirse en las profundidades.

En la plantación, a Rachel siempre la habían hecho sentirse pequeña. Con el mar extendido frente a ella, se sintió pequeña de una forma diferente: no pequeña en sí misma, sino una pequeña parte de todo lo que la rodeaba. Inmersa en el mar infinito. Había libertad en esta nueva forma de pequeñez, una sensación estimulante de que estaba en el mundo, pero no solo de paso siguiendo el ritmo de un hombre blanco.

La pregunta volvió a su mente.

“Y ahora, ¿qué?”

Esta vez la pregunta tenía una nueva cualidad: miraba hacia delante, hacia el exterior, a través del agua. No hacia atrás, por encima de su hombro, hacia quien pudiera estar persiguiéndola.

Los pulmones de Rachel se expandieron; pudo volver a respirar. Desvió la mirada del horizonte a la colina. A primera vista, la ladera estaba desierta. Y sin embargo...

Se inclinó un poco hacia delante, protegiéndose los ojos

del sol. Entre los árboles, a mitad de camino, le pareció ver el techo inclinado de una cabaña.

Entonces, unas manos ásperas la aferraron por detrás y le metieron la cabeza en un costal que olía a humo y a tierra húmeda.